

Domingo V
8 de Febrero de 2.009
“Anunciemos el Evangelio de la Vida”.

Las lecturas de este **domingo V** del tiempo ordinario son una **invitación a que anunciemos el Evangelio de la Vida**. Como cristianos tenemos que anunciar la Buena Noticia del Evangelio y **esta Buena Noticia es motivo de plenitud de vida** aquí en la tierra y germen de la Vida eterna.

En la **primera lectura del libro de Job** vemos un testimonio desgarrador de la **experiencia de sufrimiento** que supone vivir: “El hombre está en la tierra como un jornalero o un esclavo: meses baldíos, noches de fatiga... sin esperanza... mi vida es un soplo y mis ojos no verán la dicha”. Job está enfermo y la vida le va mal.

Quizá esta sea la **experiencia de muchas personas**, o, podríamos decir, **de todas** las personas en determinadas etapas de su vida. Si miramos a nuestro alrededor podemos constatar un dramatismo especial en nuestro mundo, alejado normalmente de nuestros ojos: muchas personas sufren las consecuencias del **hambre**, otras muchas sufren las consecuencias de las **guerras**, otras muchas sufren las consecuencias de las **catástrofes naturales**; hay muchos **niños** viviendo en condiciones inhumanas: en la calle, explotados en puestos de trabajo, explotados sexualmente; hay muchos **enfermos: físicos** (sida, cáncer...) y **psíquicos**; hay infinidad de **marginados por el sistema**: transeúntes, parados, pobres...; hay **gente que ha perdido la esperanza y el rumbo de su vida**;

hay mucha **gente herida por el pecado de la envidia o el rencor...**

Es tal el contexto de pecado y sus consecuencias, que hay en nuestro mundo, que Juan Pablo II lo calificó como la **“cultura de la muerte”**. Cuenta una **parábola** que una persona contemplando este panorama le preguntó a Dios: **“¿Es que no haces nada para solucionar todo esto?”**. Y Dios se quedó pensando en silencio...

Le podía haber contestado con las lecturas de hoy que él ha venido a anunciar el Evangelio de la vida:

- Dice el **salmo** responsorial: **“Alabad al Señor, que sana los corazones destrozados”**. Nuestro Dios es un Dios sanador en el mejor de los sentidos. Nos cura y nos salva.
- En el texto del **Evangelio** vemos como **Jesucristo cura a la suegra de Pedro y cura a muchos enfermos y poseídos**. **Cristo** aparece como el gran **liberador del mal** que oprime el corazón del hombre. **Los milagros** que él hace no son soluciones a problemas puntuales, que es lo que buscamos nosotros (que me cure esta enfermedad, que me quite este dolor...), sino que **son la manifestación de la misericordia de Dios, la expresión de lo que será la plenitud del reino de Dios: la total liberación de todos los males: la muerte, la enfermedad.**

La **parábola** que refería antes continúa. Después de guardar Dios un momento de silencio ante la pregunta: “¿No podías hacer algo para solucionar todo este mal?”, **Dios responde: “Ya he hecho algo, te he hecho a ti”**.

Esta es la aportación de Dios al sufrimiento del ser humano: ha enviado a su Hijo para mostrarnos su solidaridad y anunciarnos la futura liberación del mal **y nos ha hecho a nosotros**, los hombres y las mujeres, para que colaboremos con él en limpiar el mundo del mal y sus consecuencias. **Esta es, pues, nuestra tarea: anunciar el evangelio de la vida**, procurar que todas las personas tengan una vida digna y una vida plena, que les realice personalmente.

San Pablo en la **segunda lectura** dice: **“¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!...** Me he hecho débil con lo débiles, para ganar a los débiles; me he hecho todo a todos, para ganar como sea a algunos. Y hago todo esto por el Evangelio, para participar yo también de sus bienes”. Esta es también la misión del cristiano, anunciar el Evangelio. Pero **llevar el Evangelio a los demás no es sólo contarles lo que Jesús ha hecho por nosotros**, sino dar pan a quien tiene hambre, enseñar a quien lo necesita, asistir a los ancianos, visitar a quien está en la cárcel... **Anunciar el Evangelio de la vida es liberar del mal a quien lo padece.**

Es tan grande la cultura de la muerte, que tenemos en nuestro ambiente y en nuestra sociedad, **que los programas de ayuda que tenemos:** atención a transeúntes, Cáritas, Asilo, Cruz Roja, el 0'7...

[Dice Benedicto XVI -Deus caritas est, 31b-: “a la espontaneidad del individuo debe añadirse también la programación, la previsión, la colaboración con otras instituciones similares”] **son casi una expresión ridícula de nuestra caridad; una batalla de David contra Goliat. Es preciso no sólo que haya programas de ayuda, que son necesarios, sino que cada cristiano tome partido por el Evangelio de la Vida** en su vida concreta y defienda esa vida entre todas las personas con las que convive: “nunca habrá situaciones en las que no haga falta la caridad de cada cristiano individualmente, porque el hombre, más allá de la justicia, tiene y tendrá siempre la necesidad de amor” (Benedicto XVI, “Deus caritas est” 29).

Este domingo celebramos la Campaña contra Hambre de Manos Unidas: **“Combatir el hambre, proyecto de todos.”** La forma más eficaz de ayuda es desde proyectos.

Oración en la Campaña de Manos Unidas:

«Señor, parece que **el tema de la pobreza** en nuestro mundo **y una de sus manifestaciones más significativas, el hambre, nos desborda** en nuestra comprensión y posibilidades de solucionarlo.

Pero sabemos que «Cualquier forma de **pobreza** no asumida libremente **tiene su raíz en la falta de respeto por la dignidad trascendente de la persona humana.**» (Benedicto XVI, mensaje del 1 de Enero de 2.009, Jornada mundial de la Paz). No renunciamos a otros análisis de la realidad, pero esta es nuestra forma última de asumir la solución a este grabe

problema. Y nos ayuda a hacer todo lo que está de nuestra parte.

«No hay que hacerse ilusiones pensando que una política de pura redistribución de la riqueza existente resuelva el problema de manera definitiva.» (*Mensaje citado*) ¡Ojalá y lo pudiésemos conseguir entre los gobiernos del mundo y en nuestra propia vida!

Comprendemos que, además de otros problemas, que hay que solucionar: la explotación, las guerras, las enfermedades... **«Las causas de la pobreza también están en el corazón humano,** como la avaricia y la estrechez de miras... La lucha contra la pobreza necesita hombres y mujeres que vivan en profundidad la fraternidad y sean capaces de acompañar a las personas, familias y comunidades en el camino de un auténtico desarrollo humano.»

 (*Mensaje citado*)

Por eso **te pedimos, Señor, que la sensibilidad que nos provoca el tema del hambre en el mundo, sea un instrumento en tus manos para tocar y cambiar nuestro corazón:** ábrenos a la generosidad, a la cooperación, a la fraternidad, al respeto de cada ser humano, a la comunión, al desprendimiento de los bienes y a la acogida de tu presencia entre nosotros, sin la que nos es imposible descubrir en el necesitado a un hermano. **¡Cambia Tú el corazón del ser humano, para que el proyecto de todos de combatir el hambre sea más eficaz!** Por Jesucristo Nuestro Señor.» **Amén**

Que Dios nos conceda la gracia de experimentar cómo él sana nuestros corazones

desgarrados, para que podamos ser transmisores de su Vida a los demás.